

JUAN GÓMEZ-JURADO

ALEX COLT

CADETE ESPACIAL

ILUSTRACIONES DE FRAN FERRIZ



DEL COAUTOR DE *AMANDA BLACK*,
EL ESCRITOR CON MÁS DE
2.000.000 DE LECTORES.

DESTINO

JUAN GÓMEZ-JURADO

ALEX COLT



CADETE ESPACIAL

ILUSTRACIONES DE FRAN FERRIZ

DESTINO

DESTINO INFANTIL Y JUVENIL, 2022
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

© del texto: Juan Gómez-Jurado, 2017
© de las ilustraciones: Fran Ferriz, 2017
© Editorial Planeta, S. A., 2017, 2022
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: abril de 2017
Primera edición en esta presentación: septiembre de 2022
ISBN: 978-84-08-26258-9
Depósito legal: B. 12.641-2022
Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



PRIMERA PARTE
UN VIAJE
INESPERADO



ALEX

El muchacho cayó desde lo alto del tobogán, pero nunca llegó a tocar el suelo. Y eso sorprendió bastante a los que lo empujaron. Buscaron al pie de la escalerilla, incluso removieron la arena polvorienta para ver si se había escondido allí debajo. Pero no encontraron nada.

—Nadie puede desvanecerse en el aire —dijeron.
Pero él lo había hecho.

Era pequeño para su edad, espigado como una cerilla y ágil como un mono nervioso. Lo segundo compensaba lo primero buena parte de las veces, ya que allá adonde iba solía ser el blanco de matones y chicos mayores que él. En sus doce años de vida tenía escasos

recuerdos que no estuviesen dedicados a pelear, correr o esconderse, dependiendo del número de los que lo persiguieran.

Se llamaba Alex Colt.

No sabía quién le había puesto ese nombre, pero sin duda había acertado. Le había preguntado a la señorita Danvers, la responsable de su expediente en Servicios Sociales, pero ella le había respondido con una de sus series de *ejems* y *ajás* salpicados de vaguedades. Era una mujer cuadrada, por dentro y por fuera. Cuando hablaba parecía hacerlo desde el interior de uno de los cajones de su abarrotado escritorio. Al principio Alex le contaba sus quejas y los problemas con su interminable retahíla de casas de acogida, pero sus palabras no parecían llegar nunca al interior del cerebro de la señorita Danvers. Emitía una serie de sonidos incoherentes durante un rato. Luego le daba a Alex un papel con un nuevo destino, y eso era todo.

Así había sido desde el principio. Ella era el primer recuerdo de Alex, una mano regordeta empujándolo hacia una pareja en el jardín delantero de una casa destartada, y un mar de caras hostiles detrás. Debía de tener tres



años, y todos aquellos niños mayores le parecían monstruos enormes dispuestos a devorarle.

No se equivocaba demasiado.

Alex aprendería pronto cuál era el sistema de las casas de acogida. Había un matrimonio, casi siempre sin hijos propios. Había un montón de huérfanos; por cada uno de ellos el Estado pagaba al matrimonio un dinero para que los alimentasen y vistiesen. Cuantos más niños, más dinero les daban. Cuanto más barata y escasa fuese la comida, más dinero se quedaban.

Así que el día a día de Alex era una pelea constante por conseguir alimento y sitio. No solía ganar a menudo, así que siempre tenía hambre y siempre le tocaba dormir sobre una alfombra o dentro de un armario.

—Algún día seré lo bastante grande y lo bastante fuerte como para no tener miedo a nadie —se consolaba, abrazado a su manta, mientras intentaba conciliar el sueño. Otros niños se burlaban de él, diciendo que era demasiado mayor para estar tan apegado a ella, pero a Alex no le importaba.

Aquel pedazo de lana de color azul (con una palabra semiborrada e irreconocible de cuatro letras, de las cuales



solo se distinguían la segunda y la cuarta, una A y una F) era todo lo que le quedaba de su vida anterior, así que la cuidaba con esmero. Era su única posesión, y sobre ella volcaba sus deseos y sus fantasías.

Todos los niños huérfanos, sobre todo aquellos que desconocen quiénes son sus padres, imaginan sus rostros y sus historias. Alex Colt no era una excepción.

«Tal vez eran agentes secretos, o espías. Iban a descubrirlos y no tuvieron tiempo de llevarme con ellos.

»Quizá eran ladrones de joyas, terminaron en la cárcel y aún no han podido venir a buscarme.

»Tal vez eran científicos, piratas, magos...»

Pero siempre siempre les había sucedido algo terriblemente inesperado que los había obligado a dejar atrás a su hijo y la manta azul.

«Y algún día, cuando todo se arregle, volverán a por mí.»

La pobreza, la enfermedad y la muerte, razones mucho más comunes y mucho más difíciles de aceptar, no tienen cabida en esos sueños. Porque todos los niños huérfanos creen, en el fondo de sus corazones, que son especiales. Cuando crecen, o bien descubren la verdad, o

bien aprenden a ocultar sus sueños a los demás, para que estos no se burlen de ellos.

Alex Colt no era una excepción, cierto. Pero a diferencia de otros, Alex sí que era especial.

Y, ni en el más loco de sus sueños, Alex hubiese podido imaginar cuánto.